

QUIZÁ SOÑÉ DEMASIADO



MICHEL BUSSI

«Suspense y amor en un equilibrio perfecto»

HarperCollins
Suspense

QUIZÁ SOÑÉ DEMASIADO

MICHEL BUSSI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Quizá soñé demasiado
Título original: J'ai Dû Rêver Trop Fort
© Presse de la Cité, 2019
© 2022, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.
© Traducción del francés, Ana Romeral

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Lookatcia
Imagen de cubierta: GettyImages

ISBN: 978-84-9139-764-9

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos

I. Montreal

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

II. Los Angeles

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

III. Barcelona

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

IV. Yakarta

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

[Si te ha gustado este libro...](#)

*He reventado la almohada
He debido de soñar demasiado*

ALAIN BASHUNG

Muchas gracias a Boris Bergman y Alain
Bashung por su apoyo.

A las víctimas de los tsunamis de Indonesia

—«He ganado —dijo el zorro—, a causa del color del trigo».

—No entiendo, mamá.

Cierro el libro y me inclino un poco más sobre la cama de Laura.

—Bueno, verás, lo que quiere decir es que el zorro no volverá a ver nunca más al Principito. Pero como el Principito tiene el pelo rubio, que es el color de los trigales, cada vez que el zorro los vea, se acordará de su amigo. Como tu amiga Ofelia, que se mudó a Portugal este verano. Aunque nunca más vuelvas a verla, cada vez que oigas hablar de ese país, o ese nombre, o que veas una niña con el pelo negro y rizado, te acordarás de ella. ¿Entiendes?

—Sí.

Laura agarra su peluche Patito y sacude su bola de nieve de la Sagrada Familia antes de volver a dejarla en la mesilla. Se queda pensando y frunce ceño, asaltada por una duda.

—Pero, mamá, y si nunca más oigo hablar de Portugal, o de una niña que se llame como ella, o que tenga su mismo pelo rizado, ¿eso quiere decir que me voy a olvidar de Ofelia?

Abrazo a Laura y enjugo mis lágrimas en el plumaje amarillo del peluche.

—No si la quieres mucho mucho, cariño. Cuanto más la quieras, más veces te cruzarás en la vida con cosas que te recuerden a ella.

Olivier asoma la cabeza por la puerta de la habitación y sacude su reloj: es hora de dormir. Laura ha empezado primero de Primaria. Es un año importante, el año más importante de todos. Más que los demás años más importantes de todos. No discuto, le subo la sábana a Laura.

Ella me agarra del cuello para un último mimito.

—¿Y tú, mamá? ¿Hay alguien a quien hayas querido tanto que no lo quieras olvidar? ¿Tanto tanto que durante toda la vida te cruzarás con cosas que te recordarán a él?

I Montreal

1

12 de septiembre de 2019

—Me voy.

Olivier está sentado delante de la mesa de la cocina, sujetando su taza de café a modo de portavasos. Su mirada cruza la ventana y la puerta que hay al fondo, mucho más allá de los confines del jardín, mucho más allá del taller, hasta las brumas del Sena. Me responde sin tan siquiera volverse hacia mí.

—¿De verdad tienes que hacerlo?

Titubeo. Me levanto y me estiro la falda del uniforme. No me apetece comenzar una larga conversación. Ahora no. No tengo tiempo. Me conformo con sonreír. Él también, de hecho. Es su manera de abordar los asuntos serios.

—Me han llamado de Roissy, para estar en la terminal 2E, a las 9. Tengo que pasar por Cergy antes de que abran las oficinas.

Olivier no añade nada más, sus ojos siguen los meandros del río, los acaricia con la mirada como apreciando en ellos la perfección infinita; a cámara lenta, con la misma paciencia con la que valora la curvatura de un cabecero, la sinuosidad de una cómoda diseñada a medida, el ángulo de las vigas de una habitación abovedada. Esa intensidad con la que me mira siempre cuando salgo de la ducha y me meto en la cama. Esa intensidad que, con cincuenta y tres años, me sigue haciendo sentir hermosa, estremecerme. A sus ojos. ¿Solo a sus ojos?

«¿De verdad tienes que hacerlo?»

Olivier se levanta y abre la puerta de cristal. Sé que va a dar un paso y a lanzar las migas del pan de ayer a Gerónimo, el cisne que ha hecho su nido al fondo del camino de nuestro jardín, a orillas del Sena. Un cisne domesticado que defiende su territorio, y al mismo tiempo el nuestro, mejor que un *rottweiler*. Dar de comer a Gerónimo es el ritual de Olivier. A Olivier le gustan los rituales.

Supongo que está dudando si volver a hacer la pregunta, esa pregunta ritual que hace cada vez que me voy:

«¿De verdad tienes que hacerlo?»

Hace tiempo que he entendido que esa pregunta de Olivier no se trata simplemente ni de una ocurrencia un tanto repetitiva, ni de pedirme si tengo dos minutos para tomarme un café antes de salir pitando. Su *¿De verdad tienes que hacerlo?* va mucho más allá, significa: *¿De verdad tienes que seguir con esa mierda de trabajo de azafata?*, de abandonarnos durante quince días al mes, de seguir recorriendo el mundo, de vivir a deshoras, *¿De verdad tienes que hacerlo?*, ahora que la casa está pagada, ahora que nuestras hijas son mayores, ahora que ya no necesitamos nada. *¿De verdad tienes que seguir en ese trabajo?* Olivier me ha hecho esta pregunta cien veces: ¿qué tienen las cabañas de los Andes, de Bali o de Canadá que no tenga nuestra casa de madera, que he construido para vosotras con mis propias manos? Olivier me ha propuesto cien veces que cambie de profesión: podrías trabajar conmigo en el taller, la mayoría de las mujeres de los artesanos se asocian con sus maridos. Podrías encargarte de la contabilidad o de la gestión de la carpintería. Mucho mejor que gastarnos la pasta subcontratando a incompetentes...

Vuelvo en mí y adopto mi jovial voz de *business class*.

—Venga, ¡no puedo perder el tiempo!

Mientras Gerónimo se atiborra de *baguette* tradicional con cereales, yo sigo con la mirada la carrera de una garza color ceniza que sale volando de los estanques del Sena. Olivier no responde. Sé que no le gusta el ruido de las ruedas de mi maleta en su parqué de píceas. La rabieta de siempre resuena en mi cabeza. ¡Sí, Olivier, tengo que hacerlo! ¡Mi trabajo es mi libertad! Tú te quedas y yo me marchó. Tú te quedas y yo vuelvo. Tú eres el punto fijo y yo el movimiento. Funcionamos así desde hace treinta años. De los cuales, veintisiete con un anillo en el dedo. Y más o menos los mismos criando a dos hijas. Y nos ha ido bastante bien, ¿no te parece?

Subo la escalera para coger el equipaje de nuestra habitación. Suspiro por adelantado. Por mucho que Olivier me torturara con su cepillo de carpintero o con el taladro, jamás le reconocería lo harta que estoy de tener que arrastrar esta maldita maleta por todas las escaleras, escaleras mecánicas y ascensores del planeta. Empezando por los diez escalones de nuestro chalé. Mientras los subo, en mi cabeza visualizo el *planning* del mes: Montreal, Los Ángeles, Yakarta. Me esfuerzo en no pensar en esta increíble coincidencia, aunque a mi pesar el tiempo retroceda y me lleve veinte años atrás. Ya pensaré en ello más tarde, cuando esté sola, tranquila, cuando...

Tropiezo con la maleta y a punto estoy de caerme de bruces sobre el parqué de la habitación.

¡Mi armario está abierto!

Mi cajón está entreabierto.

No el de las joyas, ni el de las bufandas, ni el de los productos de belleza.

¡El de mis secretos!

Ese cajón que Olivier no abre. Ese cajón que me pertenece solo a mí.

Me acerco. Alguien ha estado hurgando en él, me doy cuenta enseguida. Mis adornitos, los mensajes de cuando Laura y Margot eran niñas no están en su sitio. El aciano y

las espigas de trigo secos, recogidos en el campo de mi primer beso, están desmenuzados. Los Post-it rosas de Olivier, *Te echo de menos, feliz vuelo, mi ave de paso, vuelve pronto*, están desperdigados. Trato de pensar, quizá me esté haciendo una idea equivocada, confundida por esa extraña sucesión de destinos: Montreal, Los Ángeles, Yakarta. Quizá sea yo la que lo esté mezclando todo. Cómo podría acordarme si no he abierto ese cajón desde hace años. Estoy a punto de convencerme de ello, cuando un reflejo brillante debajo del cajón, en una lámina del parqué, llama mi atención. Me agacho, con los ojos desorbitados, sin dar crédito.

¡Mi guijarro!

Mi pequeño guijarro inuit. ¡En principio, no se ha movido de mi cajón desde hará cosa de veinte años! Y es poco probable que haya saltado él solito al suelo. Este guijarro, del tamaño de una canica grande, es la prueba de que alguien ha metido sus narices en mis asuntos... ¡recientemente!

Maldigo todo mientras guardo el guijarro en el bolsillo de mi uniforme. No tengo tiempo para discutir de esto con Olivier. Ni tampoco con Margot. Tendrá que esperar. A fin de cuentas, tampoco tengo nada que ocultar en ese cajón, solo recuerdos olvidados, abandonados, de los que nadie más que yo conoce la historia.

Al salir de la habitación, asomo la cabeza por la de Margot. Mi señorita adolescente está tumbada en la cama, con el móvil apoyado en la almohada.

—Me voy.

—¿Me traes Coco Pops? ¡He acabado el paquete esta mañana!

—No me voy de compras, Margot, ¡me voy a trabajar!

—Ah... ¿y cuándo vuelves?

—Mañana por la noche.

Margot no me pregunta adónde voy ni me desea buena suerte, y mucho menos buen viaje. Ya apenas nota cuando

no estoy. Casi se le desorbitan los ojos de sorpresa cuando por la mañana me descubre al otro lado de la mesa en el desayuno, antes de salir pitando al instituto. Eso tampoco se lo voy a reconocer a Olivier, pero a cada nuevo viaje de trabajo aumenta la nostalgia de aquellos años, no tan lejanos, cuando Margot y Laura lloraban como histéricas cada vez que me iba, cuando Olivier tenía que arrancarlas de mis brazos, cuando se pasaban el día mirando al cielo para ver a mamá a lo lejos, y aguardaban mi regreso frente a la ventana más alta, subidas en un escabel que su papá les había hecho para ello, cuando yo solo lograba calmar su pena a base de promesas: ¡Traerles un regalo del otro lado del mundo!

Mi pequeño Honda Jazz azul pasa volando en medio de los campos desnudos, tostados por un enorme sol naranja. Ciento veinte kilómetros de carretera nacional separan Roissy de nuestro chalé de Port-Joie. Una carretera de camiones, a los que hace tiempo que ya no me divierte adelantar. Olivier asegura que iría más rápido en una barcaza. ¡Y casi le doy la razón! Desde hace treinta años tomo la nacional 14 a cualquier hora del día y de la noche, con doce horas de vuelo en las piernas y con al menos otros tantos *jet lags* en la cabeza. Hay a quien le da miedo el avión, y sin embargo yo me he llevado muchos más sustos en esta alfombra gris desplegada a lo largo de Vexin que en cualquier pista del mundo donde haya despegado y aterrizado, durante treinta años, a razón de tres o cuatro vuelos por mes. Este mes, tres.

Montreal del 12 al 13 de septiembre de 2019

Los Ángeles del 14 al 16 de septiembre de 2019

Yakarta del 27 al 29 septiembre de 2019

Lo único que veo de la carretera nacional es el trozo de chapa gris del camión holandés que llevo delante y que respeta escrupulosamente los límites de velocidad. Para entretenerme, me entrego a un cálculo complicado. Un cálculo de probabilidades. Mis últimos recuerdos de probabilidad se remontan al instituto, es decir, a la edad de Margot, así que no está mal como desafío. ¿Cuántos destinos de larga distancia ofrece Air France desde Roissy? ¿Varios cientos al mes? Elijo el rango inferior y redondeo a doscientos. Por tanto, tengo una probabilidad entre doscientas de acabar de nuevo en Montreal... Hasta ahí, nada de lo que extrañarse, he debido de volver dos o tres veces desde 1999. Pero ¿qué probabilidad hay de encadenar Montreal y Los Ángeles? Aunque sea una zote en matemáticas, el resultado debe de ser algo así como 200 veces 200. Trato de visualizar estas cifras en el panel gris de la parte de atrás del camión que tengo justo delante. Debe de ascender a una serie de cuatro ceros, es decir, una posibilidad entre varias decenas de miles... Y si añadimos un tercer destino más, Yakarta, la probabilidad aumenta a 200 veces 200 veces 200. Una cifra de seis ceros. ¡Una posibilidad entre varios millones de encadenar los tres vuelos el mismo mes! Resulta totalmente increíble... y aun así está escrito bien clarito en la hoja que han enviado los chicos de *planning*... Montreal, Los Ángeles, Yakarta... ¡La tercera opción!

Justo antes del ascenso de Saint-Clair-sur-Epte, el holandés se desvía hacia un aparcamiento, seguramente para ir a desayunar a un restaurante de carretera. De repente, mi Jazz nota como si le salieran alas. Piso el acelerador mientras mi cabeza sigue sumando ceros.

«La tercera opción...» Al fin y al cabo, una posibilidad entre un millón no deja de ser una posibilidad... La misma a la que se aferran todos los jugadores cuando rellenan la Bonoloto. No hay nada imposible. Es simplemente improbable. Únicamente el azar. Un dios bromista ha

debido de encontrar una película antigua de mi pasado y se está divirtiendo rebobinándola. Tres destinos idénticos. Hace veinte años.

Montreal, del 28 al 29 de septiembre de 1999

Los Ángeles, del 6 al 8 de octubre de 1999

Yakarta, del 18 al 20 de octubre de 1999

Para atenuar la fuerza de las imágenes que, muy a mi pesar, se proyectan en mi cerebro, subo el volumen de la radio. Un rapero me grita al oído algo en inglés, y yo me acuerdo de Margot, que una vez más me ha vuelto a coger mi Jazz para sus prácticas de conducción. Giro el botón hasta captar la primera emisora que emite música que se asemeja a una melodía.

Nostalgie.

Let it be.

A punto estoy de atragantarme.

Los ceros empiezan a dar vueltas en mi cabeza, se engarzan en un largo collar que estrangula mi mente.

¿Qué probabilidad hay, entre millones, de caer en esta canción?

¿A qué dios bromista he podido provocar?

When I find myself in times of trouble...

De golpe, mis ojos se inundan; dudo si parar en el arcén, con las luces intermitentes puestas, cuando mi móvil, enganchado al salpicadero, vibra.

Mother Nathy comes to me...

¡Laura!

—¿Mamá? ¿Vas ya de camino? ¿Puedo hablar contigo?

Laura, que de los dieciséis a los veinticinco años pasaba olímpicamente de mi *planning...* y que desde hace dieciocho meses es a la primera que tengo que avisar cuando lo recibo, sin que haya pasado ni una hora... ¡porque si no entra en pánico! Y que inmediatamente

después de haberlo leído se precipita a subrayarlo... ¡y a llamarme!

—Mamá, he visto que vuelves de Montreal el viernes por la noche. ¿Puedo dejarte a Ethan y Noé el sábado por la mañana? Tengo que ir con Valentin a Ikea. Imposible llevarme allí a estos dos bichos. ¿Te los dejo a las 10 h, para que te dé tiempo a recuperarte del *jet lag*?

¿A las 10 h de la mañana? ¡Gracias, cariño! Con un *jet lag* de seis horas volviendo de Canadá, sabes lo poco probable que es que pegue ojo en toda la noche... En cuanto a lo de Ikea, querida Laura, ¡reza a Dios para que tu padre no se entere!

—Gracias, mamá —prosigue Laura sin darme opción—. Te dejo, tengo que repartir las pastillas a mis intermitentes.

Cuelga.

Laura... Mi hija mayor. Veintiséis años, enfermera en Bichat.

Laura la sensata, Laura la organizada, Laura tiene su vida planificada, casada con su gendarme, Valentin, asistente en la brigada de Cergy, que espera un traslado para pasar a ser teniente. Ella es el punto fijo y él el movimiento. Aunque igualmente se hayan hecho un chulé en Pontoise. Compréndelo, mamá, es una inversión...

Laura, desde hace dieciocho meses madre de dos adorables e inquietos gemelos, Ethan y Noé, a los que Olivier adorará cuando tengan edad para hacer bricolaje y de los que, mientras tanto, me ocupo yo en cuanto tengo el día libre. ¿Acaso no es lo ideal tener una abuela que desaparece quince días al mes, pero que el resto del tiempo está a total disposición de sus nietos?

Me quedo un instante mirando fijamente mi móvil apagado, su funda rosa chicle, la pequeña golondrina que tiene garabateada a boli, y luego vuelvo a subir el volumen.

Let it be.

En mi cabeza, el dios bromista sigue riéndose.

Montreal, Los Ángeles, Yakarta.

Proyecta los tres destinos más hermosos de mi vida, antes del agujero negro, del agujero blanco, de la nada.

El vértigo que no deja rastro, el desgarramiento, el abandono, la entrega, el vacío insondable, insoportable, que aun así había aguantado, todos estos años.

Que colmé, con Laura, después con Margot, después con Ethan y Noé.

Que colmé...

Hay mujeres que colman y mujeres colmadas.

Let it be.

Roissy-Charles-de-Gaulle. Terminal 2E. Ceñida en mi uniforme azul, pañuelo rojo, camino a paso ligero por el largo pasillo que me conduce a la puerta M. Arrastro la maleta con una mano y con la otra abro la lista de la tripulación.

Me cruzo con algunos hombres que se dan la vuelta. La magia del uniforme y de unos andares seguros en medio de viajeros desorientados. Esa alianza entre energía y elegancia. ¿Ese matrimonio que, con un poco de maquillaje, resiste a la edad? Me cuelo, puerta J, puerta K, puerta L, con los ojos clavados en los apellidos del personal de vuelo que va a acompañarme hasta Montreal. Ahogo *in extremis* un grito de alegría cuando descubro uno de los primeros apellidos.

Florence Guillaud.

¡Flo!

¡Mi amiga! ¡Mi compañera preferida! En treinta años, el azar nos ha juntado en el mismo vuelo menos de una decena de veces. ¡La mayoría de los casos, si queremos viajar la una con la otra, tenemos que hacer una petición conjunta! Dos días en Montreal con Florence, ¡qué suerte! Florence es pura energía. Se tiró años haciendo arrullos por *business class* para dar con un chico guapo y encorbatado que estuviera dispuesto a casarse con ella. Y finalmente lo encontró, aunque yo nunca haya conocido a

su hombre de negocios. Flo se ha convertido en una esposa prudente, lo cual no le impide seguir volando, irse de fiesta en cada escala, reír, beber... ¡pero ya sin hacer arrullos!

¡Lo que sé es que ama a su director general!

Flo, mi confidente. Flo, que ha debido de probar todos los alcoholes que se producen en este planeta, desde los vodkas tropicales a los *whiskies* asiáticos. Flo, que ya estaba ahí cuando... A punto estoy de que se me atasque la maleta en el pasillo móvil, y esquivo por los pelos a una familia de siete turistas con turbante. De nuevo, se vuelve a encender una alerta en mi cabeza.

¿Flo?

¿Justo en este vuelo París-Montreal?

¿Exactamente como hace veinte años?

La probabilidad de que esto ocurra debe parecerse a un interminable collar de ceros... Somos unos diez mil ayudantes de vuelo en Air France.

Zigzagüeo entre los pasajeros en dirección a la puerta M, esforzándome en apartar de mi mente estos cálculos ridículos. ¿Habrá hecho Flo algún chanchullo para que vayamos juntas en el mismo vuelo? ¿Es posible que haya una explicación? O simplemente, quizá, se trate solo del azar.

Recorro con la vista el resto de apellidos de la tripulación, pero solo conozco algunos. Me quedo con el de Emmanuelle Rioux, más conocida entre la tripulación como sor Emmanuelle, la jefa de cabina más puntillosa, en lo que a seguridad se refiere, de toda la compañía. Hago una mueca y acto seguido recupero la sonrisa al descubrir otro nombre: Georges-Paul Marie, uno de mis auxiliares de vuelo favoritos. Alto, estiloso, amanerado. También él una leyenda.

Mis ojos bajan un poco más, hasta el nombre del comandante de a bordo.

¡Jean-Max Ballain!

Me tiembla todo el cuerpo.

Jean-Max...

Cómo no. Mi dios bromista no iba a quedarse ahí. Va a llevar las cosas al límite. El vuelo París-Montreal del 28 de septiembre 1999, el mismo en el que me acompañaba Flo, estaba pilotado por... ¡Jean-Max Ballain!

Ese vuelo en el que mi vida cambió.

Aquel en el que todo comenzó.

Puerta M.

*Cuando se haga de día
Cuando se laven las sábanas
Cuando los pájaros levanten el vuelo
Del matorral en el que nos amamos
No quedará nada de nosotros*

2

28 de septiembre de 1999

Puerta M.

Llegó con prisas y estresada a Roissy. Laura está incubando una otitis. Ya es la segunda desde que empezó Primaria. He dudado entre cogerme el día libre por hijo enfermo o dejarla con Olivier. Cuando llego a la puerta M, la tensión no ha disminuido. Han anunciado media hora de retraso para el despegue, a los miembros de cabina se les permite estirar las piernas durante la espera.

La sala de embarque para Montreal parece un barracón de refugiados después del éxodo. Demasiados pasajeros para muy pocos asientos. Algunos viajeros esperan sentados en el suelo, los niños corren, los bebés lloran. Salgo pitando a comprarme una revista, cuando un viajero se me planta delante, preocupado por su correspondencia para Chicoutimi, Canadá.

¿Chicoutimi? Ya solo el nombre me trae a la mente los grandes lagos y los bosques de abetos; salvo que el pasajero, más que aspecto de leñador, tiene el típico del que acaba devorado por un grizzli. Mi Chicoutimi se contonea delante de mí, con la nariz a la altura de mi pecho y con evidentes ganas de plantarme las manos encima. Quizá simplemente me haya abordado para eso, para acercarse a mi escote y olisquear mi perfume. Con treinta y tres años, estoy acostumbrada a cumplidos, tácticas y tocones; he aprendido a gestionarlos y a no dejar que

cualquiera capte la atención de mis ojos grises, con reflejos verdes cuando están enfadados y azules cuando están enamorados. La mayoría de las veces los escondo bajo un mechón moreno, lo suficientemente largo para sujetarlo con una pinza cuando estoy en el avión, y para mordisquearlo o enrollármelo en la nariz una vez que hemos aterrizado. Mi tic, mi TOC, que al parecer compenso cuando una sonrisa transforma mi carita un poco demasiado ovalada en una gran pelota de tenis partida en dos, y mis ojos como canicas en rayos láser.

Respondo manteniendo una distancia de seguridad, con el mechón otra vez suelto.

—No se preocupe, el comandante podrá recuperar el retraso durante el vuelo.

Bebé leñador no parece muy convencido. Pero no estoy mintiendo, el comandante Ballain tiene por costumbre no respetar demasiado los límites de velocidad aéreos. ¡Demasiada prisa por llegar a destino! Demasiada prisa por llegar al hotel. El guapo piloto cuarentón, con su sonrisa a lo Tom Cruise y la gorra bien encasquetada, coqueteó conmigo hace unos años, mientras compartíamos un mojito en el vestíbulo del Confort Hotel de Tokio. Yo le había respondido que estaba casada, y bien casada, que incluso era madre de mi adorable Laurita. Él había mirado la foto de mi bebé con la misma ternura que Dussollier en *Tres solteros y un biberón*, para después añadir que tenía suerte, y mi marido todavía más; que él no tenía ni mujer ni hijos, y que nunca los tendría. «Es el precio de la libertad», había concluido levantándose para dirigirse a una japonesita con calcetines azules y un lazo del mismo color en el pelo.

Bebé leñador ha terminado por alejarse y unirse a la multitud de refugiados. La azafata encargada del embarque, una chica estoica a la que no conozco, espera pacientemente, con el *walkie-talkie* pegado a la oreja. Le

dirijo un gesto amistoso, lanzo una mirada furtiva a los pasajeros... y entonces lo veo.

Para ser exactos, primero lo oigo. Una extraña música que desentona con el griterío de los niños, los apellidos de los tardones martilleados por los altavoces, «última llamada para Río, para Bangkok, para Tokio», y el ruido de los reactores vibrando al otro lado de los ventanales.

Una música suave y embriagadora.

Al principio la oigo, después la escucho. Luego busco de dónde viene. Solo entonces lo distingo.

Está sentado un poco al margen del resto de los pasajeros, casi al borde con la puerta N, atrapado detrás de una pila de maletas que parecen abandonadas, bajo el inmenso cartel de un A320 que vuela por un cielo estrellado.

Solo en el mundo.

Está tocando.

Nadie, aparte de mí, parece escucharlo.

Me paro. Él no me ve, no ve a nadie, creo. Está sentado en su asiento, con las piernas dobladas, las rodillas casi a la altura del pecho, y, suavemente, desliza los dedos por las cuerdas de su guitarra.

En sordina, como para no molestar a sus vecinos. Toca para él. Solo en su galaxia.

Me quedo mirándolo.

Me parece irresistible, con esa gorra roja escocesa sobre su pelo largo y rizado; con ese rostro fino, casi afilado, morro y pico más que nariz y labios; con ese cuerpo de pájaro frágil. En la sala de embarque unos leen *Le Monde*, *L'Equipe*, otros leen un libro, otros duermen, otros hablan; y él, con los ojos entornados, la boca entreabierta, deja que sus manos jueguen solas, como unos niños a los que nadie vigila.

¿Cuánto tiempo me quedo así, mirándolo? ¿Diez segundos? ¿Diez minutos? Qué extraño, el primer pensamiento que me viene a la cabeza es que se parece a

Olivier. Que tiene su misma mirada clara, una mirada de luna llena, un tragaluz iluminado en la noche, reconfortante e inaccesible. Este guitarrista es tan flaco como Olivier rollizo, tan rama como Olivier tronco; pero los dos irradian el mismo encanto. El mismo que me sedujo en mi futuro marido desde el primer instante, aquella tarde en la que me quedé observándolo en su taller, observándolo en comunión con un velador que estaba serrando, aplanando, cepillando, puliendo, enclavijando, barnizando, *lasurando*... Ese halo solar de los seres solitarios. Olivier es artesano, este guitarrista artista, pero en este momento me resultan idénticos, entregados por completo a su arte.

¡Cómo admiro a esos hombres! Yo, la parlanchina, la fiestera a la que le encanta salir, ver gente y compartir. Lo que en el fondo creo, yo, que solo sueño con nuevos horizontes, que a cada nuevo destino pincho una chincheta de colores en el planisferio de mi habitación y que no me voy a quedar tranquila hasta que cada centímetro del póster esté agujereado, es que el jardín secreto de los hombres representa la última tierra por explorar. Creo que si sigo amando a Olivier, al tiempo que maldigo sus silencios, sus ausencias incluso cuando estamos sentados en la misma mesa o tumbados en la misma cama, es porque me sigo sintiendo orgullosa de ser aquella a la que mira cuando vuelve de su largo viaje interior. De ser aquella a la que reserva sus pocas palabras. De ser la única a la que, a veces, coge de la mano para abrirle la verja de su jardín. Estoy enamorada de la manera en que Olivier es libre sin abandonar su taller. Yo que, sin embargo, odio los muebles, las tablas, las virutas y el serrín, el ruido de los taladros, el vaivén de los serruchos. Yo, a la que solo le gustan la luz, las risas y la música.

—¿Nathy?

La voz me hace salir de mi ensoñación. Florence está detrás de mí. Mi rubita parece entusiasmada. Ha gritado.

Probablemente, he debido de llegar muy lejos con el pensamiento.

—Nathy —insiste Flo—. Nathy, ¡no te lo vas a poder creer!

Pega saltitos, nerviosa como una niña que por primera vez va a subir en un tiovivo. El pañuelo ha quedado reducido entre sus dedos a una bola de seda.

—¿Qué?

—¡Robert va en el avión!

—¿Robert?

Tras un momento de vacilación, repito.

—¿Robert? No... Y no me digas que están también Raymond, Gaston y León.

Flo se echa a reír.

—¡Smith, cacho boba!

¿Smith? Debe de haber como diez Smiths por avión rumbo América del norte.

—Guau, ¿*mister* Smith? ¿*Really*? ¿*Mister* Bobby Smith?

No tengo ni idea de quién pueda tratarse. Flo se me queda mirando como si fuera un chimpancé que acabara de bajar de un banano.

—¡Te estoy hablando de Robert Smith! Joder, Nathalie, el cantante de los Cure, el zombi despeinado, el doble de Eduardo Manostijeras. Toca en Montreal mañana por la noche. Está ahí, en *business*, con todo su grupo y su equipo.